



**Adolfo Carrillo**

## **Juana la Loca**

Corría el mes de julio de 1824, año llamado terrible para la provincia de la Alta California. Las cosechas habíanse perdido, víctimas de una prolongada sequía; en los mustios campos blanqueaban los esqueletos de las reses o sus abotagadas formas en la quemada grama, envenenando el ambiente con putrefactas exhalaciones. Y por cima del desolado paisaje, apercibíanse parvadas de voraces zopilotes, que descendían y ascendían en fétidas comilonas. Y de no haber sido por los naranjos y limoneros, que dejaban asomar su dorada fruta entre el verdinegro ramaje, uno creería hallarse en un mundo de muerte, en un lugar reservado a los eternos castigos.

El único oasis en esa trágica desolación, parecía ser la misión de San Juan Capistrano, cuyo umbroso huerto surgía en tonos de esmeralda, aprisionada en un estuche de agrietada polvorencia. A la izquierda chispeaban las aguas del golfo de Santa Catalina, y más cerca, el tumultuoso oleaje de punta de San Juan, venía a morir palpitante en la nívea playa de Laguna.

Era ese día, el de la víspera del domingo 5 de julio y, por ser sábado, el prior de la misión, reverendo Isidro Fonseca, había convocado a sus feligreses a plegarias penitenciaras, a fin de implorar de Dios misericordia por la horrenda aflicción que asolaba en esos momentos aciagos a California. Desde Camulos, Gavilán y San Diego, llegaban presurosos indígenas y californianos, unos a caballo, en su mayor parte pie a tierra. En todos los semblantes refléjase la angustia y el hambre, pues no pocas familias habían venido subsistiendo del yerbaje y frutas silvestres. Fue ese desfile algo como una procesión de momias apergaminadas, sin más luz espiritual que la proyectada de sus ojos hundidos y febricitantes.

A la cabeza de todos ellos, descollaba la figurilla enjuta y haraposa de una vieja, asiendo una cruz de madera en las huesosas y sucias manos. Su cabellera de un cano ceniciento, cubría sus desnudas espaldas -un pincelazo de Goya trazado en las

ondulaciones de un sudario-. De cuando en cuando, la vieja se detenía arengando a las multitudes, silbando por entre las desdentadas encías:

-Esto de la sequía es un castigo de Dios, merecido de todos nosotros. Pero eso no es nada. Acuérdense ustedes de mí, de Juana, a quien ustedes llaman la Loca. ¿Ven ese sol que arde y esos pájaros negros que vuelan sobre nuestras cabezas? ¡Ja, ja, ja! Pues mañana, antes de que la luna resplandezca en las montañas de Gavilán, esas aves estarán hartas de nuestra carne. ¡Arrodíllense, puercos de Lucifer, ahora que es todavía tiempo!

Los indios posternábanse de hinojos, lanzando lamentos las mujeres, mas las gentes llamadas de razón, recibieron con rechifla y estrepitosas carcajadas, las profecías macabras de la pitonisa, que seguía clamando y manoteando.

Terminados los rezos al aire libre, los romeros se pusieron en moción, entonando discordantes letanías, reminiscentes de peregrinaciones idólatras y barbáricas, arribando a la misión precedidos de nubes de polvo, gritería y ensordecedor tamborileo.

De los ocho misioneros que componían la Hermandad de San Juan Capistrano, todos ellos peninsulares, el más joven y menos apegado al hábito era fray Bautista Rincón, perteneciente a una distinguida familia asturiana. Su padre, debido a las calaveradas y amoríos del mancebo, habíale condenado a vestir el hábito, viniendo a California ya revestido con las órdenes sacerdotales. En España había llevado una vida muy borrascosa, y en Madrid fue ayudante y queridito de José Bonaparte, apodado por los madrileños Pepe Botella. Bautista acompañó siempre al monarca en sus nocturnas excursiones amorosas, y a semejanza del don Juan, de Byron, tendía su capa a los pies de las hembras más guapas de Aranjuez y de la Puerta del Sol. Al restablecerse la monarquía, Bautista estuvo a punto de ser ahorcado como traidor, salvándole del patíbulo una manola que fue querida de Moratín.

Lo primero que hizo fray Rincón al llegar a Capistrano, fue el cultivar amistad con las familias comarcanas, haciéndoles visitas no solicitadas, con un pretexto o el otro. Así fue como conociera a Manuelita Agra, hija del hacendado don Librado, dueño del rancho del Gavilán. Ella era alta, blanca y esbelta, de ojos azules, de ese azul de mar, tan comunes en Vizcaya, los que, al mirar, reflejan encantos de dichas anticipadas. Él era de mediana estatura, con músculos de acero y ojos moriscos y meridionales, y tempestuosas voluptuosidades. Poco a poco, sutil y hábilmente, el don Juan de hábito gris y corazón de hiena, hubo de cautivar a la muchacha, refiriéndole historietas más o menos imaginativas, de su azarosa juventud.

-El Santo Padre -díjole una vez, refiriéndose al Sumo Pontífice-, me concederá el colgar los hábitos y entonces podremos casarnos. Porque mi familia es muy influyente y poderosa en la Corte de Madrid.

Manuelita, nacida en el rancho y ajena a intrigas cortesanas, no vaciló en caer en sus brazos, y desde ese día veíanse con frecuencia, en clandestinas citas. Mas la vieja Juana la Loca, que era una mendiga ambulante y a todos conocía, los sorprendió más de una vez en amorosos deliquios, esparciendo la voz de escándalo por todos los andurriales. Y bien luego todo el mundo conoció el secreto, llegando a oídos de don Librado, que lo puso en conocimiento del prior Fonseca. Y mientras se debatía en la misión lo que debería hacerse para evitar el escándalo, Juana la Loca vociferaba en los cuatro vientos:

-¡Ya no hay vírgenes en Capistrano! Los padres de la misión están chupando su sangre y devorando como lobos su tierna carne. Yo he visto a uno de ellos, a fray Bautista, besando y abrazando a Manuelita Agra. Por eso la Providencia nos está flagelando con la sequía. Todo el ganado se ha muerto, menos los burros que andan en

líos con el diablo. Espérense un poquito, un poquito más, y verán lo que nos pasa. ¡El mar bañará la tierra y la tierra se hundirá!

Y al emitir los apocalípticos vaticinios, Juana se alejaba carcajeando, desgarrando con sus secas manos, las marchitas hojas de los sicomoros.

-¡Pobrecita! -murmuraban los campesinos-. ¡El hambre ha empeorado su locura!

Y al brindarle con alimentos, ella los repudiaba, escupiendo y bailando en el terregal. A veces, desplomábase exhausta en el camino, entretenida en cazar de su cuerpo las miríadas de insectos que la atormentaban. Y era en esa actitud y esos momentos cuando el prior Fonseca la exorcizaba, salpicando su rostro y sus andrajos con agua bendita.

La mañana del domingo 5 -el día del terremoto de 1824- fue de un alborear luminoso y candente. Los rayos de un sol esplendoroso besaban en caricias de riego las corrientes del golfo de Catalina, mientras que allá a lo lejos, en la cinta de plata que se llamaba playa de La Laguna, bandadas inquietas de pelícanos y gaviotas, sacudían alborozadas el pardo plumaje, picoteando en las olas en busca de peces. En vez de despertar, la tierra languidecía en somnolencia de tedio, no habiendo en los yermos páramos una sola avecilla, una sola flor, un árbol de fronda. Al mediodía había comenzado en la misión la misa cantada. La muchedumbre apenas cabía en la anchurosa nave. El calor era asfixiante y no pocos de los feligreses doblegaban las rodillas desmayados por el hambre. Terminando el sacrificio, fray Rincón ascendió lentamente las gradas del púlpito. Iba vestido de sobrepelliz, pendiendo de su cuello una cruz de oro, rematada en amatistas. Su presencia fue saludada con murmullos, con cuchicheos y suspiros. Ofrecía, en verdad, un aspecto arrogante, el de un dios griego arropado en traje sacerdotal. Sus grandes ojos fulguraban, en tanto que sus labios de Narciso nostálgico, movíanse en besos de anticipadas ternuras. La congregación femenina no le perdía de vista, siguiendo fascinada sus más leves movimientos. Por allá en el rincón de la nave, Manuelita en clásica mantilla, con el rosario de cuentas de oro jugueteando en las manos, no apartaba un instante su mirada de la faz adónica del joven predicador.

Éste, emocionado al distinguir el perfil angelical de Manuelita, principió el sermón, tomando como texto un verso de la Eneida de Virgilio y con voz bien modulada y de graduales inflexiones, principió diciendo:

-Si los santos y los mártires son grandes ante Dios, a iguales alturas se encuentran los poetas y los soñadores. Ellos también son mártires, ¡mártires del amor! Si Juan el Bautista hubiera amado, si nuestro padre San Antonio hubiera querido, nunca habrían muerto. Vivirían ahora en los hijos de sus hijos. Dante descendió al infierno -descensus averni- porque él quiso o impulsado por decepción amorosa. Para mí...

-¡Blasfemia! ¡Blasfemia! -gritaron en coro los misioneros que atónitos le escuchaban.

Y al avanzar en grupo hacia el púlpito, leve sacudimiento hízose sentir en la nave y en el cielo raso, acompañado de sordos y lejanos truenos, que parecían surgir de las entrañas de la tierra. De súbito, la voz estridente de Juana la Loca rompió el momentáneo silencio: trepada en un taburete de cuero en los dinteles de la puerta, desgredada y haraposa, Danaide de invisibles castigos e inexorables venganzas, la diabólica vieja aparecía transfigurada y centellante, y más bien chillaba que decía:

-¡Afuera! ¡Afuera! ¡La tierra abre la boca para tragárselos! ¡También tiene hambre! ¡Pobrecita!

Luego, viendo que todos se atropellaban por salir y nadie podía lograrlo, cayendo hacinados en manoteo de brazos y pernadas, Juana se echó a reír jubilosa, vociferando:

-¿Y dónde esta fray Rincón, Rincón el galante, el buen mozo, el novio de Manuelita?... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ven a mis brazos, Rinconcito mío. Y aunque mis dientes se han caído y mis pechos se han secado, todavía puedo amar y besar. ¡Ah! Ya vienes, ya te veo venir. ¡Sígueme, sígueme, no tengo enaguas que me impidan correr!

Es que la Loca, viendo desde el atrio que las paredes caían hundiéndose con las techumbres, y que la tierra danzaba, abriéndose y cerrándose a trechos, dejando aperturas de abismo por todos lados, volaba, más bien que corría con dirección a la punta de San Juan, cercana a la cual tenía su guarida. Mas una colosal marejada había cerrado el paso y engolfado su cueva. La reventazón del mar había hecho desaparecer las playas e invadía las colinas, formando estruendosos torbellinos con las aguas del golfo de Catalina, que se adelantaban en negras trombas sobre San Juan Capistrano, que era ya un montón de ruinas. La fragorosa locura de los desencadenados elementos parecía divertir a las gaviotas que de propósito desafiaban sus cóleras, ora rozando con sus graciosas alas la temblorosa tierra, ora bien posándose, majestuosamente altivas e indiferentes, en las espumeantes crestas del oleaje.

-¡Oh! ¡Si yo fuera gaviota! -murmuró Juana en un instante de lucidez. Es que el terror le había devuelto la razón. ¿Cuántos años había estado loca, loca por causas de amor? Y en su mente penetró un rayo de luz. Evocó entonces su niñez en el convento, su desastrado noviazgo, el llanto de un niño, de su hijito. ¿Qué había sido de él?

Y arrodillada, la sorprendió el oleaje, arrastrándola, empujándola amorosamente en su abismal seno, purificando en abluciones salobres, el jirón de materia, iluminado por un átomo de inmortalidad. Antes de que las tormentosas aguas anublaran su vista, elevó los ojos hacia las estrellas, que ya cintilaban en el infinito espacio, sonriendo al murmurar:

-¡Jesús, María y José!

Nadie escapó con vida en San Juan Capistrano y duró dos meses la exhumación de los cadáveres, que ascendieron a novecientos. El padre Saldívar, que hasta fines de 1915 tenía a su cargo la misión, me refirió lo acontecido a fray Rincón y a Manuelita Agra, cuyos restos fueron descubiertos estrechamente abrazados. Un testigo ocular lo contó así:

«Yo escapé por puro milagro, tomando refugio en uno de los sótanos. Era yo muy muchacho y delgadito, y pude deslizarme bajo el quicio. Mas antes de escabullirme, presencié la muerte del padre Rincón y de la señorita Agra. A las primeras trepidaciones, la confusión fue espantosa, y entre ellos, pude ver a fray Bautista asir por la cintura a Manuelita, llevándosela en las espaldas. Era un diablo ese fraile. ¿Qué cree usted que hizo para abrirse paso? Pues desenvainó su navaja catalana y principió a cortar a cuantos estorbaban a su paso. La sangre había teñido en rojo su blanco sobrepelliz, y de sus mangas chorreaba la sangre. Y así se abrió una brecha de muerte en la compacta multitud. De no haber sido por el prior Fonseca habría escapado, pues se hallaba ya muy cercano a la puerta, cuando éste le disparó un pistoletazo a quemarropa, dejándole muerto en el acto. El prior le seguía con la tenacidad del gato al ratón: vile poner la chispa en la pistola, apuntarle y disparar. Fonseca arrojó el arma y se inclinaba para levantar a Manuelita, cuando ocurrió otro sacudimiento, abriéndose el suelo y tragándose a muchos. Más muerto que vivo, bajé al sótano, y al día siguiente, cuando todo aparecía quieto, salí al aire libre, escapando sin tardanza para el rancho de Camulos. ¿Y sabe usted lo que me salvó la vida? ¡Pues un escapulario heredado de mi madre y que bendijera fray Junípero Serra! Pero si yo debo la vida al escapulario, ¿a quién se la debe mi perrito, que estuvo conmigo en Capistrano y aún no se muere?»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

